

TESIS

LEÍDA POR D. JAVIER PRADO Y UGARTECHE, PARA OPTAR EL GRADO DE BACHILLER EN LA FACULTAD DE LETRAS.

Señor Decano, Señores:

La verdadera historia es un verdadero mapa en que el observador tiene á la vista, de un solo golpe, á las generaciones que fueron, pudiéndolas examinar, juzgar y analizar por medio de la crítica filosófica, como el profesor de anatomía, en el anfiteatro, con el escalpelo sobre el cadáver, enseña á sus discípulos el organismo interior del cuerpo humano. Pero en ese mapa se observan, revueltos y barajados, en completo desconcierto, grandes colinas que pretenden perderse en las nubes, y terribles abismos, que, en insondable profundidad, tratan de ocultar la podredumbre que encierran; ahí, al entrelazarse, combaten y se confunden olas de sangre y exterminio con raudales beneficios que significan evolución, principios fecundantes de vida. El hombre de estudio, agujoneado por la curiosidad, puede encontrar, también en la vasta extensión del panorama, que á su vista se le presenta, ciertas marcas especiales rodeadas de aureola resplandeciente, escritas con letras de oro, donde se leen los nombres de Homero, Platón, Alejandro, Dante, Colón, Guttemberg, Fulton.

Estos son los genios, esos hombres privilegiados que descuellan en la historia, y que sintetizan fielmente, con su prodigiosa fuerza de condensación, la vida de la humanidad entera. Estudiándolos el cuadro es esplendido, el peligro se encuentra en ofuscarse ante tanta grandeza. El genio se halla en elevadísima altura sobre los demás, porque especialmente contribuye al progreso, y el progreso, la evolución selectiva es la ley general que sostiene y vivifica á la Naturaleza entera.

La fabula de la deidad del Genio es debida á los Etruscos: En la religión primitiva de este pueblo, que disputa con la Grecia la prioridad de la civilización europea, encontramos al Genio hijo de Tina, el Júpiter etrusco, apareciendo como la cuarta divinidad Penate, y como padre del célebre Tages, que enseñó á los doce pueblos de la Etruria todas las ciencias, el arte de interpretar el vuelo de las aves y el de leer en las entrañas de las victimas. Además, cada Dios y cada hombre tenían su genio custodio: el de los Dioses se llamaba Penates y el de los hombres Lares; á los últimos asistían dos: uno que los dirigía al bien y otro al mal. Esta dualidad nos hace recordar, e parece tuviera su fuente, en la de Ormusd y Ahrimanes de la doctrina de Zoroastro, el célebre fundador del Mardeísmo.

La creencia de la religión Etrusca en los genios se propagó entre los Latinos, quienes á su vez la llevaron á la Grecia. La raza helénica, artista por sentimiento innato, comprendió la belleza de esa creación, y haciéndola suya, convirtió al Genio en hijo de Júpiter y Electra, y lo elevó á la alta dignidad de Dios auxiliar. Desde entonces la acción del genio se refirió principalmente á las religiones de la Inteligencia; y se representaba en forma de un bellissimo mancebo, coronado las flores, con el cuerno de la abundancia en la mano, frecuentemente con alas, y llevando sobre la frente una llama de fuego, símbolo de la divina inspiración. El maestro Horacio manifiesta que el culto que se le tributaba al Gran genio de Ofrendas de flores y de vino.

Más tarde, á causa de la intima relación entre los griegos, los latinos y los etruscos, se confundió el *daimon* griego con *genius* latino; se aumentó el numero de los dioses, forjándose en la Mitología multitud de genios subalternos, destinados unos á la ciencias, á las artes é invasiones, y los otros al servicio del hombre, divididos en buenos y malo: inspirando aquellos grandes pensamientos y salvando á los mortales de los peligros, y éstos, maléficis, induciéndolos á su ruina; además cada ciudad, provincia y comunidad poseían, igualmente, su genio especial.

Al investigar, pues, el origen filosófico de la palabra, es necesario ir á buscarlo en la poética y profunda mitología antigua.

En el día son diversas las acepciones: ya se le considera al genio como la índole especial de los individuos, como la disposición para una cosa determinada, ya como la deidad antigua, ó en fin como una gran fuerza ó mayor desarrollo de las facultades intelectuales; así se dice *hombre de mal genio; tal persona tiene genio para la música; su buen genio se lo inspiró; es un genio*. Bien se comprende que de la última significación es de la que me propongo ocuparme en el presente trabajo.

El vocablo *genio* entre los ingleses se halla sumamente degenerado, significando sólo el hombre que tiene disposiciones naturales para alguna cosa especial. Los italianos y los españoles lo emplean, por lo común, en el sentido de índole ó de carácter. Los franceses han sido los primeros que han comenzado á usarlo desde el siglo pasado en la acepción de superior entendimiento. Como algunos han negado el legítimo empleo de él como palabra castellana en igual sentido, creo necesario comenzar mi estudio probando cuan sin razón se trata de rechazarlo de nuestro idioma.

Notables escritores españoles, entre ellos en señor Juan Valera, académico muy conocido en América, parecen participar de la ceñida interpretación que daba Capmany, filosofo y retórico erudito del siglo pasado al genio, considerándolo únicamente como “la inclinación con que se siente cada uno para el ejercicio en alguna ciencia ó arte”; empleársele en la otra acepción, “nada significa en castellano.” Sin embargo, basándome en los mismos escritos del señor Valera, queda justificado el uso de dicho vocablo en nuestro idioma. El distinguido literato, en varias ocasiones, ha sostenido brillantemente que las lenguas, como fruto del instinto, de la espontaneidad de la nación

que las adopta, pueden ser cambiadas, mejoradas ó viciadas por el uso ó la costumbre, que es el único juez. “El neologismo, dice, si está discretamente formado, si se acepta ó emplea, no por ignorancia del vocablo propio, sino porque no hay para expresar bien la idea nueva, no solo es permitido, sino laudable, útil y conveniente.” “Se debe admitir, pues, con tal que la palabra sea indispensable para significar una idea nueva, un nuevo matiz, una nueva faz de una idea antigua. No hay mas regla en esto de producir nuevas voces que el buen gusto, la razón etimológica, las leyes de la eufonía y la necesidad de producirlas.” Antes que el señor Valera decía Feijoo, defendiéndose de los puristas que lo tachaban de innovador: “Pensar que la lengua castellana, ni otra alguna del mundo, tiene toda la extensión posible ó necesaria, sólo cabe en quien ignora que es inmensa la amplitud de las ideas, para cuya expresión se requiere distintas voces”; y el audaz benedictino repetía el pensamiento de Voltaire: “No hay idioma alguno que no necesite de otros. Los puristas hacen lo que los pobres soberbios, que mas quieren hambrear que pedir.” Sin embargo, inflexibles académicos no ven con agrado la adopción en nuestro idioma de la palabra genio, suponiéndola uno de los tantos galicismos que desgraciadamente día por día van corrompiendo la pureza de la riquísima lengua inmortalizada por Cervantes y Tirso de Molina. Pero el vocablo genio no se encuentra en este número; no es un galicismo, pues en tantos galicismos que desgraciadamente día por día van corrompiendo la pureza de la riquísima lengua inmortalizada por Cervantes y Tirso de Molina. Pero el vocablo genio no se encuentra en este número; no es un galicismo, pues en la fabula latina tiene su origen, y el latín reviste para nosotros igual autoridad que la que reconocía Horacio en el griego, cuando aplaude en su célebre Epístola á los Pisones, la introducción de nuevas voces con tal que fueran tomadas del griego, y usadas con discreción y tino, porque la lengua, como obra del hombre, es imperfecta y tiene que marchitarse, morir y rejuvenecer luego adornada con nuevo verdor y elegancia; “unas palabras, dice el poeta venusino, renacerán que perecieron, y otras perecerán que ahora se alaban, si así lo quiere el uso que es el único árbitro, juez y norma del habla.”

Ahora bien, en semejante condición se encuentra el concepto de que trato, sin que él pueda ser bien representado como lo quieren algunos por la palabra *ingenio*, porque esta no se emplea en el sentido elevado que se toma la otra cuando se quiere manifestar la superioridad de la inteligencia de un hombre. Los españoles la han menospreciado desde mucho antes; desde la época de la Edad de Oro de su brillante literatura se concedía este epíteto á cualquier talento, por mas que Capmany, celoso defensor de la pureza de su idioma, se empeñase en llamar ingenio: “á aquella virtud de animo y natural disposición nacida con nosotros mismos y no adquirida por arte ó industria, la cual nos hace hábiles para empresas extraordinarias, y para el descubrimiento de cosas altas y secretas”; y lo califica de “lumbre celeste que esclarece nuestro entendimiento, centella divina, llama superior que no se puede crear ni tampoco imitar y suplir con el estudio”. “el hombre docto, que cuenta sólo con su memoria, con su cerebro amueblado, viene á ser el obrero inferior que va á las canteras á escoger el mármol, y el hombre de ingenio es el escultor que hace respirar la piedra bajo la forma de *Venus de Guido* ó del *Gladiador romano*.” Si verdaderamente tal cosa significara el vocablo *ingenio*, claro esta que seria redundancia inútil dos palabras expresando la misma idea. Pero no es del todo exacta la significación que le da Capmany; me recuerdo de unas comedias muy nombradas, por atribuírselas á Felipe IV, que corren como obras de un “Ingenio de la Corte”; trabajo, sin duda, de muy escaso merito.

¿No se les debe dar, acaso, distintivo especial á los hombres que han ennoblecido y han elevado á la raza humana? ¿A Cervantes y á Colon no se les

distinguirá de los desdichados que los odiaban y perseguían, porque no les era posible alcanzar la penetración de aquellos colosos?

Respecto al mismo tema, el ilustre escritor ecuatoriano, Juan Montalvo, con la profunda ironía en que empapa su irresistible pluma, escribe: “Si no hubiera genio en España, la nación española sería la más infeliz de todas; pobre nación, ciertamente, esa donde no hay sino ingenio. Facultad tan común es esta que fuera de los tontos, no hay quien no la tenga: ingenio es talento, inteligencia repartida con desigualdad, pero repartida en casi todo el género humano, al paso que genio es don rarísimo, virtud que constituye el alto privilegio con que Dios mejora á los predestinados de su amor, esos hombres águilas cuya audacia es igual á la fuerza con que levantan el vuelo y se pierden por las regiones infinitas,”

La Real Academia Española, comprendiendo las verdaderas y grandes diferencias entre las dos palabras, llama en su Diccionario al genio: grande ingenio, fuerza intelectual extraordinaria ó facultad capaz de crear ó inventar cosas nuevas ó admirables; y califica al ingenio como el sujeto dotado de la facultad de discurrir é inventar con prontitud y facilidad. Con el apoyo de la más prestigiosa autoridad en estas cuestiones, creo que debe quedar terminada controversia al respecto.

Si, pues, es legítimo emplear la palabra genio en el sentido de inteligencia superior, también es posible, obligados por la concisión y fuerza de lenguaje, á usarla como sinécdoque, significando con ella, no sólo al número esclarecido, sino en general al hombre que lo posee; de la misma manera como se generaliza la acepción de las voces ingenio y talento.

Variadas han sido las teorías que desde tiempos muy remotos se han presentado para explicar la naturaleza de esos seres singulares ante cuya mente superior la envidia humana, al fin, tiene que humillarse vencida. Lo grande y misterioso es un imán que atrae irresistiblemente la atención del hombre; y el genio es de tan subida ley, que este problema siempre ha ocupado su atención.

En las primeras edades, á causa de la credulidad y sencillez, que caracteriza á los pueblos que cuentan pocos años de existencia, dominados por las quimeras de imaginaciones infantiles y soñadoras, curioso es por demás el concepto que se tenía de los hombres notables. En la India, en la cuna de la filosofía divina y de los grandiosos poemas que compi en exuberancia con la espléndida naturaleza de aquella tierra predestinada, no se creyó que Valmiki y Vyasa fueran de la naturaleza de los demás hombres; supusieron que el autor de la epopeya sublime, rival gloriosa de la epopeya griega, era el mismo Brama encarnado en un Muni, y que Vyasa era igualmente de origen divino, habiendo compuesto el Mahabharate, inspirado por la Divinidad Suprema.

Los griegos primitivos se inficionaron en esta teoría: Prometeo, Orfeo, Hércules y Teseo descendían de Dioses; sólo así se explicaban aquellos como habían realizado las colosales empresas que les atribuían. Pero pronto la Grecia, la patria de los artistas, la patria de los mayores genios de la humanidad, tenía que familiarizarse con éstos. Homero, Pindaro, Esquilo, Fidias, Platón, Aristóteles, Alejandro, Demóstenes, Arquímedes, tuvieron que ser considerados como hombres, de otro modo el mundo se convertía en un milagro continuo y en la tierra tenía que formarse otro Olimpo. A lo sumo, en ciertas ocasiones, la ninfa Egeria en el embriagado retiro del apartado bosque, á orilla de cristalina, murmuradora fuente comunicaba su sabiduría á Numa Pompilio; ó un furor divino, impetuoso, avasallador se apoderaba de Sócrates y Platón inspirándoles sus concepciones sublimes.

En el día, á consecuencia de la importancia que ha adquirido la idea de la personalidad humana, siendo el análisis del *yo* la base de la filosofía contemporánea; no

es extraño, sino al contrario muy lógico, que el concepto del genio preocupe más que nunca á los hombres de estudio. Sobre esta materia diversas teorías han gozado de fama y autoridad, y cuantían aun con muchos partidarios.

La *Escuela Clásica* es la mas antigua, pues tiene su origen en los intransigentes preceptistas del siglo XVI. Boileau, por su indisputable talento, es el legítimo fundador de ella, en su “Arte poética”; sus principios fueron acogidos con entusiasmo, y ejercen influencia aún en el día. Esta es la escuela que se popularizó en Inglaterra con Addison y Pope, en Alemania con Gottsched, en España con Luzan, Montiano, Nicolás F. de Moratin y recientemente Hermsilla. Los *clásicos* sometían al artista á reglas tales que destruían su libre inspiración; negaban el nombre de poeta al que no acataba ciegamente los preceptos de Aristóteles y Horacio, y no se había preparado con un estudio profundo de los modelos antiguos; á Shakespiere lo consideraban como un salvaje, y sus obras las calificaron de monstruosas. Los partidarios de esta escuela creían que el artista se podía formar únicamente con el trabajo y la observancia de los principios que ellos señalaban. Por analogía, pues, se da el nombre de teoría clásica á la que sostiene que el genio no se distingue de los demás hombres, sino por su mayor consagración al estudio. Así pensaban Boileau, La Batteaux, La Harpe y sus numerosos discípulos. Célebre se ha hecho el aforismo de Buffon: el genio es la paciencia; complementando por Newton: el genio es la mayor atención de que el espíritu sea susceptible. Según esta doctrina, que reemplaza la poderosa y libre imaginación y la razón penetrante y creadora, con la ejercitada memoria y la reflexión severa, cualquier hombre, en general, puede tener genio con tal que se arme de constancia en el estudio.

Tan abatida se encuentra esta Escuela hoy, en que el análisis experimental ha demostrado, de manera concluyente, el verdadero valor de nuestras funciones psicológicas, que seria demás repetir argumentos que han destruido, hace largo tiempo, trabas científicas que impedían el libre y elevado vuelo de la inteligencia soberana. Ya desde el siglo pasado, aquel sabio benedictino, que se propuso en sus escritos *desengañar á las gentes de errores comunes*, enseñaba que las reglas con unas luces estériles, como las subsanares, que alumbran y no influyen. Dan un conocimiento vago y de mera teórica, sin determinación alguna para la práctica.... Lo mas que podré admitir, y lo permitiré con alguna repugnancia, es que el estudio de las reglas sirva para evitar algunos groseros defectos, mas nunca admitiré que pueda producir primores,”..... Es menester númen, fantasía, elevación para asegurarse el acierto, saliendo del camino trillado. Los hombres de *espíritu sublime* logran los más fáciles rasgos cuando generosamente se desprenden de los comunes documentos... Quéde en la falda quien no tiene fuerza para arribar á la cumbre, más no pretenda hacer magisterio lo que es torpeza, ni acuse como ignorancia del arte lo que es valentía del Númen.

Entre los partidarios de la escuela clásica debo contar á Mr. Naville, profesor de filosofía en la Facultad de Génova, miembro correspondiente del Instituto de Francia. Él ha escrito una obra, la “Lógica de la Hipótesis” en 1880, que ha cautivado la atención de los sabios de Europa. En ese libro expone sus principios sobre el genio, que paso á estudiar: Después de probar el escritor, con admirable erudición, que la hipótesis es el fundamento de todos los conocimientos humanos, se propone este problema: ¿A qué facultad corresponde la hipótesis? al que contesta: “al genio, que es la facultad de inventar, y que existe en todos los hombres; pero como todas nuestras otras facultades se halla muy desigualmente repartida, en unos en mayor grado que en otros. El genio es el elemento productor del arte y de la ciencia. Aunque en principio general admite que no hay medio de dar más genio que el que se tiene, luego al desarrollar sus enseñanzas, termina sosteniendo que es imposible que un espíritu inventivo, con tal que sea relativamente ignorante, descubra un pensamiento verdadero que haya escapado á

personas más instruidas que él. Esta es la consecuencia del carácter espontáneo del genio: *la facultad de descubrir no es de ningún modo proporcionada á las adquisiciones de la memoria*. Es por consiguiente infinitamente más probable que, sin un estudio paciente y laborioso de los hechos, el espíritu mejor dotado para descubrimientos no produzca sino quimeras. Por explicar, pues, la naturaleza del genio lo confunde y lo destruye. Si Mr. Naville se hubiera limitado á sostener este principio refiriéndose al genio científico, en gran parte, su teoría sería exacta; pues sin estudio es muy difícil dar algún paso en la ciencia. Sin embargo no fue el estudio lo que ocasiono á Newton el descubrimiento que ha inmortalizado su nombre, ni á Galileo la invención de la péndola; ni tampoco tenia ciencia Pascal cuando descubrió los 32 primeros principios de Euclides. Pero Naville ha generalizado su doctrina á las artes, se hace interprete de Boileau, y aquí se halla su principal error. No creo yo con el ilustre Macaulay que la poesía y las artes en general declinan á medida que la civilización progresa, que la ciencia y la reflexión matan el entusiasmo; pero tampoco puedo jamás convencerme del que el estudio hará un Shekespierre, un Rafael, un Mozart. Siento pues, no estar acorde con Mr. Naville, cuando al presentar un ejemplo práctico, sostiene que si la vida de Alfredo de Musset no hubiera sido tan desordenada, mejores serían sus poesías. Si Musset hubiera pasado su existencia consagrado al estudio, libre de las borrascosas pasiones que agitaron su alma, sus obras serían, tal vez, menos desaliñadas, habría mas corrección, pero faltaría el sentimiento de la vida, la entonación dolorosa, pero robusto, irresistible, que caracteriza sus producciones; serían, quizás sus versos mas pulidos, pero fríos; mas artificiosos pero falsos, porque la primera condición de las obras del poeta, de todo artista, es el sentimiento íntimo, sincero, inspirado en la realidad y embellecido por la fantasía creadora; y estas cualidades no se pueden adquirir por el trabajo y la ciencia. El error de Mr. Naville se halla en haber confundido dos acepciones distintas de la palabra *genio*: la ha considerado en el sentido de índole, es carácter, vacación especial de cada individuo, al mismo tiempo que como espíritu inventivo, elemento productor de las ciencias y de las artes. Bajo el primer aspecto se puede decir que todos tienen genio, y dar la superioridad al estudio sobre el talento natural; pero bajo el segundo no es lícito confundir con el común de la gente á los que descubriendo las grandes verdades, creando las sublimes obras de arte, se adueñan é imprimen nuevos horizontes á los pueblos.

En fisiología, como en las ciencias morales y sociales, es ley que todo esfuerzo ocasiona reacción equivalente, de modo que cuando en la Naturaleza se opera un fuerte desequilibrio en un sentido, para que después se establezca la armonía, se observa que otro rudo desequilibrio en dirección contraria, después de un tiempo mas ó menos largo correlativo con la fuerza dinámica del primero, vienen á debilitar y destruir la acción de este. Así la Historia nos enseña, refiriéndose á mí objeto, que después de aquella despótica, inflexible escuela que ataba con sus frías y estrechas cadenas al genio, empequeñeciéndolo y empañándolo; aparece la Romántica, que lo arrebató de entre los mortales, coloca su trono en el firmamento, extendiendo su horizonte hacia lo infinito; de su voz hace una profecía, su apoteosis es divina, en la que el papel señalado la hombre es hacer llegar hasta él el sahumero narcotizado y laxante que despide un aparatoso incensario, manejado por manos temblorosas y serviles.

“Ahí aquí abajo, dice el patriarca de esta escuela, un pontífice, es el genio, *sacerdus magnus*. La obra de genio es lo sobrehumano producido por el hombre.” Son profetas, ellos encierran la verdad... “Estos átomos en ministerio entre nosotros, han visto, acaso, otros universos y han traído la esencia á la tierra”.

La voz solemne, pomposa, del genio sublime de Víctor Hugo fué aplaudida con frenesí. El genio era una revelación del Altísimo, revestida de forma humana, un destello de la Divinidad enviado para alumbrar el mundo.

El distinguido escritor Mr. Janet, describe, en graficas palabras, el delirio de los poetas de entonces: Hace unos treinta años, dice en su obra “El cerebro y el Pensamiento,” una escuela literaria, llena de imaginación y talento, pero en la que se observa desórdenes y extravíos, se propagó en el público sobre la naturaleza y esencia del genio, sobre sus privilegios, sus atributos, sus condiciones exteriores; una teoría que escandalizó singularmente á los espíritus pacíficos y sensatos. El hombre de genio debía de ser considerado como una criatura diferente, para la que no eran aplicables las leyes comunes; él estaba fuera y encima de las leyes morales y sociales; el desorden le era condición indispensable. Yo no sé que de inculto y de grosero, mezclado con los mas grandes refinamientos, le era el testimonio exterior mas cierto. ¿Qué era el genio en sí mismo? Una inspiración desordenada; al mismo tiempo, no se encontraba suficientes expresiones para exaltarlo, mejor dicho, no se encontraba imágenes dignas de él sino en la religión: el arte era una misión, el artista un revelador. Todo se cambiaba en ángel ó demonio. Nosotros entonces niños, que habíamos sido alimentados en estas extrañas visiones, no podíamos creer que los hombres superiores fueran personas naturales, no podíamos figurarnos á M. Lamartine sin una lira en la mano y los ojos en el cielo.”

Librémonos nosotros de incurrir en tales extravíos propios de una fantasía ofuscada. Los genios, seres de nuestra misma naturaleza, merecen nuestra admiración, pero no que nos arrastremos miserables á sus pies. Para acercarnos, hallándose ellos en elevadísima altura, es preciso, que guiados por una noble emulación, nos presentemos respetuosos, pero erguidos. Cuanto son más miseria nos postremos de rodillas, mayor será la distancia que nos separe. ¿Cómo es posible que podamos conocer y comprender al hombre de genio, si en lugar de dirigir hacia él, mirada profunda, ávida, la revolvemos inquieta y tímida hacia el fango de la tierra? Frecuentemente las obras del genio, en lugar de contener frutos de bendición, encierran gérmenes de aniquilamiento y muerte. Los genios no son infalibles. Reconozcamos su superior inteligencia, pero juzguémosla; agradezcámosles si hicieron el bien, rechacémoslos sinó.

Íntimamente relacionada con la escuela romántica, se encuentra aquella otra poética, pero desconsoladora teoría, que une en lazo indisoluble al genio con el martirio, sosteniendo la corona de triunfo que rodea la inspirada frente del hombre esclarecido, con penetrantes y venenosas espinas, que destrozan su cerebro, haciendo manar de él acerbas gotas de sangre expiatoria del delito que significa en el mundo descifrar y revelar una parte del oscuro arcano que oculta la verdad. El impetuoso Diderot, con su salvaje elocuencia, le señala el camino: “Cuando la naturaleza crea un hombre de genio, sacude su antorcha sobre la cabeza de éste y le dice: Id, sed desagraciado.” Balzac, á su vez, hace lanzar á su pluma febril este desconsolador lamento: El genio es una horrible enfermedad. Todo escritor lleva en sí un monstruo, que, semejante á una lombriz en el estomago, devora sus sentimientos á medida que ellos parecen. ¿Quién triunfará? ¿La enfermedad del hombre ó el hombre de la enfermedad? Ciertamente es preciso ser un gran espíritu para sostener la balanza, entre el genio y su carácter. El talento se desarrolla, el corazón se enmudece; á menos de ser un coloso, á menos de tener la fuerza de Hércules, se queda sin corazón ó sin talento.”

Lo primero que debe exigirse á un escritor es la sinceridad, porque cuando se escribe impulsado por un sentimiento, por la voz íntima del corazón, al nuestro á su vez se le oye palpar conmovido, y con facilidad suma lo puede dominar la inteligencia que ha sabido sorprenderlo. Esto pasa con el gran Balzac: Al leer aquellas palabras tan tristes y desesperadas, aún contra nuestra voluntad, se viene á la mente la representación

de la apagada, pero feroz lucha por la existencia, que tuvo que sostener, en la que al fin el titán cayó vencido. En aquellas líneas, trazadas sin duda con la precipitación que el implacable fantasma de la miseria imprimía á todas sus producciones, Balzac no hace sino dejar el estudio de las generaciones que le sucedieron, la revelación de su profundo padecer.

Castelar, con menos convicción, pero con incomparable retórica, presenta al genio envuelto en un melancólico manto, con el semblante demacrado por el cáncer que lo devora; y al descomponer sus palabras y sus actos encuentra que la esencia de ellos es también un quejido de dolor.

Preocupación hondamente arraigada en la sociedad de ésta, de que el genio tiene que ser desgraciado. Buscando el fundamento filosófico de ella, encuentro que el genio, ya sea por su naturaleza esencialmente impresionable, ó porque abarcando su superior inteligencia un mayor grado de verdad, concibe mejor el triste espectáculo de la miseria humana, la desproporción entre su bello ideal y de la prosáica realidad en que él se agita; ya porque teniendo necesidad imperiosa de producir, de vivir con mas intensidad, la expansión de su ser supone un mayor esfuerzo, que según ley desenvuelta admirablemente por el celebre pesimista alemán Schopenhauer, equivale á mayor dolor, porque toda energía supone una irritación; ya sea, en fin, por la rencorosa envidia que despierta entre la multitud que no pudiéndolo comprender, trata de igualarse con él, persiguiéndolo y denigrándolo con implacable constancia; es lo cierto que su existencia no es sinónima de triunfo y dicha. Sin embargo, á este hecho no se debe desfigurar exagerando sus proporciones y verdadero valor. ¿Calderón, Goethe, Víctor Hugo ¿qué mayores dolores han experimentado que el común de los hombres? La tierra no es, sin duda, mansión de felicidad; todos desde que nacemos, llevamos desgraciadamente, impresa en nuestra frente la señal del sufrimiento más ó menos agudo; y á cada instante en los secretos del hogar, en las escenas de familia, tropezamos sorprendidos, con angustias mas terribles que las que destrozaron el alma de Colon y de Cervantes. Y en cambio ¡quien pudiera gozar, como ellos, del consuelo y placer incomparables de hallar reflejada en obra gigantesca, la concepción de su inteligencia soberana, aunque los envidiosos, con carcajadas de idiotas quieran ocultar el temblor que les produce el peso de su mano de hierro!

Ante un problema de tan grande importancia cual es del la naturaleza del genio, era imposible que los médicos permanecieran indiferentes y no se dedicaran con afán á descifrarlo. A principios de nuestro siglo la doctrina del celebre Gall, se generalizaba por toda Europa, y en concordancia con ella se quiso descubrir en la craneoscopia de ciertos hombres eminentes la comprobación histórica de las arbitrarias localizaciones del sistema frenológico. Debido á la irresistible critica de plumas de la fuerza de Dlonrens y Lelut, el sistema de Gall representa sólo en el día, la audaz y falsa hipótesis de una inteligencia superior. Sus gratuitas afirmaciones son tan numerosas y trascendentales que ellas hubieran relegado á triste olvido el nombre del medico alemán si la ciencia moderna, olvidándose de lo pequeño y caduco, no comprendiera el elevado papel que en los estudios fisiológicos y psicológicos significa la figura de aquel ilustre pensador.

Lelut, tal ves su más profundo crítico, al mismo tiempo que puso la transparencia la antojadiza organología de la brillante Escuela frenológica, quiso buscar una fuente y una interpretación que le diera la clave de aquellos fenómenos sublimes y extravagantes que constituyen gran parte de la vida del genio. Su perspicaz talento filosófico, apoyado en sus conocimientos médicos, descubrió la importancia de la psicología de la historia que el consideraba superior á la misma filosofía de ella,

entonces en boga; y dando el título de psicología mórbida á la del hombre intelectual y moralmente enfermo, en dos obras admirables que han hecho eco en el mundo.

El Demonio de Sócrates y el Amuleto de Pascal unió magistralmente al genio con el alucinado. “La alucinación nos dá el secreto de sus esfuerzos, de su perseverancia, de su poder, de su triunfo, de su glorioso martirio.”

La enfermedad que no es con el vulgo sino la decadencia, la defeción de uno ó más de nuestros órganos, no es con los grandes buscadores de ideas, sino una predisposición material á lo sublime. El vulgo no ve si no su cuerpo, su existencia comienza y concluye allí. El genio no ve sino su alma en las lecciones que él lanza al mundo, en los millones de hombres que se asimila; él no muere, y á cada palabra y á cada obra, atrae á la humanidad mas y mas hacía sí.

Chauvet con algunas modificaciones, acepta la teoría de su maestro. Para él, existen dos clases de alucinaciones, las que tienen un origen fisiológico, que es la de los enfermos, y la de origen psicológico que es la de los grandes hombres. “Pero los ilustres alucinados no son todos los grandes hombres, sino un pequeño número de ellos, aquellos solos que han *visto, han comprendido* lo que no se ve ni se comprende á menos de un milagro imposible. ¿No es más probable que estos hombres, fuera de línea, han encontrado en ese estado mental una parte de su energía, de su perseverancia, de su poder de acción, yo osaría decir de su genio?” En los tiempos ambiguos las alucinaciones representaban un símbolo, y tenían extraordinaria importancia social; la fabula nos da los nombres de adivinos, pitonisas y sibilas. Orestes, Ahanos, Alemeon eran simplemente en las creencias supersticiosas de los tiempos, culpables, atormentados por las Eumenidas. En la época histórica; aunque gran progreso se opera, falta aun conocimiento exacto de la naturaleza general y de la naturaleza humana. De la creencia en la acción sobre natural de la Divinidad y de la persuasión que nuestras sensaciones mórbidas, visiones, alucinaciones son sensaciones reales debidas á la acción material de los poderes divinos sobre los sentidos, nacieron las ciencias ocultas, la astrología judiciaria, la magia etc. En esta misma ignorancia, y sobre todo de la naturaleza humana, tienen su origen las supervisiones de los grandes hombres políticos y religiosos que no son absolutamente embusteros, como se ha dicho alguna vez, sino que en ellos la exaltación toma el carácter del entusiasmo y luego el de las alucinaciones externas.

Su pensamiento se exaltaba y se alucinaba al mismo tiempo que circunstancias políticas y religiosas alucinaban el espíritu de las naciones ó de las épocas que ellos representaban. En los tiempos modernos, las pasiones entusiastas y alucinadas de la vida de los pueblos pierden su carácter grande, inmenso, nacional para defender á alas estrellas proporciones de las alucinaciones particulares y sin importancia social: tales son el Vaso y Suamerdan. Esos hombres notables, cualquiera que sea su valor personal no representan más ya la ni la sociedad ni su siglo Admirándoseles se les compadece. Se da el verdadero nombre á las inspiraciones de Swenderborg, á los terrores de Pascal, á la desconfianza de Rousseau. En nuestra sociedad sabia y reflexiva no hay más grandes hombres que aquellos que se distinguen por la reflexión y la ciencia.

En pos del mismo sendero, y olvidándonos por tanto de fantásticas teorías como la de Balzac, Coarbie y Moleschoff, que explicaba el genio por la extraordinaria cantidad de fósforo en el cerebro, tesis refutada por Lasaigne y dremy, encontramos, desenvolviendo los datos de Lelud, la Psicología mórbida del mentado doctor Moreau (de Tours), que con la audacia de la convicción científica, define al génio, una neurosis. “Todas las veces que las fuerzas físicas atraviezan los límites ordinarios de su acción, sea que se le considere en sus manifestaciones las más elevadas, las más independientes, en apariencia, de la organización ó bien en su expresión la más simple, la más

rudimentaria; en las operaciones la más trascendentales del intelecto, como en el hecho bruto, casi material, de la sensibilidad, es preciso ir á buscar la causa en ciertas disposiciones neuropáticas de los individuos proveniente de la herencia en el mayor numero de los casos. Por consiguiente pues, calificando el genio como una neurosis, nosotros no hacemos sino expresar un hecho de pura fisiología y enviar á las leyes del organismo un fenómeno psicológico que se juzga generalmente serle completamente extraño, á tal punto, que en un gran numero de circunstancias, no se trepida en hacerlo remontar á la inteligencia suprema ó á lo menos á la intervención de alguna divinidad de segundo orden, de un genio (demonio) familiar, ¡siempre la fábula de Prometeo!

Moreau niega la verdad del conocido axioma “*Mens sana in corpore sano*. En semejante estado, sino es por excepción, jamás se verá á la inteligencia elevarse mas arriba de lo que se puede llamar una honesta mediocridad. Gozará de un recto sentido, de un juicio mas ó menos seguro, de cierta imaginación; sus pasiones serán moderadas; siempre dueño de si mismo nadie practicará que él la doctrina del interés bien entendido, no será jamás un gran criminal, pero no será tampoco jamás un gran hombre de bien, él nunca será atacado de esa *enfermedad mental* que se llama *génio*..... Supremacía intelectual y salud física no pueden encontrarse sino excepcionalmente en el mismo individuo. Un hombre dotado de grandes facultades morales tiende á deteriorar su ser físico, á acrecentar por consecuencia una disposición mórbida innata. Y llega el profundo escritor en su infatigable análisis, á sostener que la constitución de muchos hombres de génio es la misma que la de los idiotas. En resumen, los desordenes cerebrales, con los grandes hombres, desde las más simples neurosis hasta las perturbaciones morales las más graves, lejos de ser un accidente, son efectos naturales si no necesarios de su organización. Locura y génio son conteneros, *in radice convesiunt*.

Cuando el espíritu del hombre amoldado firmemente en ciertas creencias, inculcadas desde su primera educación, de repente es sorprendido por un principio social ó religioso ó por una teoría científica contraria á sus ideas adquiridas, con rarísimas excepciones, sabe ejercer el suficiente dominio sobre su inteligencia para examinarla con imparcialidad. He aquí la razón, fuera de la ignorancia vulgar, por la que muchas doctrinas que merecen muy detenido estudio por contener ellas un gran fondo de verdad, se desprecian como absurdas y se envuelve á su autor con una mirada, si no de odio profundo, de muy triste compasión. Se toma de la teoría las consecuencias extremas, se dan á éstas aún una forma grosera, y no es extraño que así sea difícil encontrar los principios racionales que ella contiene. Las enseñanzas de Moreau de Tours, corrieron esta suerte: La autoridad misma de Flourens las rechaza con acritud: “Hace tiempo, dice que la verdad simple, las ideas justas no bastan para despertar la atención de los hombres. Se lanzan entonces á las proposiciones exageradas. La paradoja se introduce por todas partes, y la más seria de nuestras ciencias, la psicología, este grande y severo estudio, que demanda tanta claridad, santa firmeza de espíritu, se divierte con los excesos. La psicología llega á decirnos que el genio, que nuestros padres llamaban un buen sentido superior, no es sino una dependencia de la locura.” Y en el mismo tono continua el profesor del Colegio de Francia, haciendo la crítica de la obra de Moreau.

Si en efecto se trata de confundir la razón profunda del hombre de genio con el desarreglo intelectual del loco; la originalidad, claridad de ideas, espíritu crítico y superior personalidad de aquel con las extravagancias, absurdos, movilidad y miseria del enagenado, sin trepidar un instante nuestra inteligencia debe rechazar tan insostenible teoría. La luz creadora, penetrante y analítica del genio excluye el desconsolador y estéril delirio del loco. Pero si en lugar de proceder ligeramente, anteponiendo las cualidades singulares y extraordinarias de uno y otro, profundizamos,

apartándonos de lo complejo para buscar lo simple y general, y encontramos en este sendero, que tanto la vida del genio como la del loco significa una existencia *anormal*, un salto brusco, una dirección extraviada y violenta de la naturaleza, puesto que ésta supone un nivel continuo y enlazado, y toda desviación, ya sea subiendo ó descendiendo, se traduce fisiológica y psicológicamente en un desequilibrio, anomalía, ó morbosidad; si a través de la razón sévera del genio vemos la acalorada inspiración, el desordenado entusiasmo, que aunque á veces es el origen del descubrimiento sublime, es también el primer síntoma en la historia del enagenado, si en fin la biografía del primero nos revela, en el mayor número de casos, fatales antecedentes genealógicos, enfermedades nerviosas que si bien en unos se detiene en inexplicables extravagancias y rarezas, en desapercibido neurosismo, en otros es histerismo, epilepsia, llegando á sufrir alucinaciones constantes como en Sócrates y Pascal ó verdadera locura como Compté, Baudelaire y Schopen'hauer; entonces, no tratándose de confundir groseramente al genio con el loco, sino encontrándose en ambos rasgos comunes que permiten unirlos y clasificarlos en el inmenso grupo que del neurosismo hace la Patología, ya no es posible, ante un número muy considerable de pruebas positivas y de opiniones científicas de la más alta talla que vienen á sostener magistralmente esta teoría, rechazar á ésta, de un modo inconciente y apasionado, sin sujetarla antes a muy prolijo y serio examen. Las afirmaciones de Moreau, rudamente combatidas y desprestigiadas después, hoy, bajo diversas formas, se defienden con tan sólida y extraordinaria erudición que sería muy vana jactancia el decidirse categóricamente en su contra. Más prudente es reconocer nuestra deficiencia y conservar una prudente reserva ante la discusión y lucha científica empeñada entre los primeros sabios de nuestros días.

De cualquier modo, triste es decirlo, el genio continúa siendo enigma indescifrable: Las sociedades antiguas lo consideraban como un poseído de las Divinidades, un iluminado ó un juguete de las Eumenides. En la Edad Media la magia ó la superstición religiosa se apoderan de él. En la Moderna para el cristiano realiza una gran misión providencial, para el panteísta es la evolución suprema de la Naturaleza dándose conciencia plena de sí misma; para el materialista el desarrollo extremo del mecanismo cerebral, para el médico un enfermo, un neurópata; para el poeta un ángel caído un profeta inviolable, un monarca desgraciado.

Si descifrar pues, la esencia que constituye la naturaleza del genio, su origen y su destino es empresa temeraria, tal vez irrealizable hoy, podemos, á lo menos, estudiar las condiciones externas que permiten reconocerlo y distinguirlo de los demás hombres.

Aunque es conformidad con la moderna escuela psicológica; no acepto sino en un sentido relativo las divisiones *radicales* en que se supone fraccionada el alma: sensibilidad, inteligencia y voluntad; subdividiéndose á la vez, á las dos primeras, en otros diversos poderes independientes y soberanos; sin embargo obligado por la lógica, por la mayor claridad en las ideas, no significando ello tampoco un vicio trascendental para mi propósito, haré uso de la antigua clasificación al fijar los caracteres psicológicos del genio. Digo que ello no importa un vicio capital, porque aún cuando en la forma substancial y simple, la psicógena niega en el espíritu la existencia de semejantes poderes aislados y diferentes en esencia, no obstante, ya en el desarrollo progresivo de la actividad humana, en las proporciones extraordinarias del genio, pueden si distinguirse y separarse. De la misma manera que las diversas ramas y frutos de un árbol se diferencian ostensiblemente con el transcurso del tiempo, pero al hacerse el análisis químico se observa que productos todos de un mismo tronco contienen ellos los mismos elementos de la semilla creadora; así los órganos, funciones y productos del espíritu al descomponerlos y al analizarlos se confunden en un principio único y simple. Si bien, pues, al psicólogo no le es licito prescindir de esta unión substancial al hacer el

estudio directo del espíritu, si le es dado, excluirlo al que se propone sólo considerar á éste bajo alguna de sus complicadas y superiores manifestaciones externas.

Hecha esta salvedad, diré que el genio se caracteriza por el mayor desarrollo de sus facultades intelectuales, predominando de estas algunas, según sea su vocación especial. La imaginación fecunda y poderosa descollará en el poeta; la razón firme y severa en el matemático. Esta superioridad de uno de los poderes del entendimiento dando mayor fuerza á los demás, y siendo á su vez él ayudado y sostenido por éstos, crea nuevo vigor y armonía en el organismo, que mediante la íntima combinación, el trabajo mixto y completo, produce obras extraordinarias que al conmover al mundo con su irresistible empuje deja al mismo tiempo grabada en la Historia una individualidad inmortal.

No creo que el hombre de genio exige también como distintivo especial un extraordinario poder en su sensibilidad y voluntad, porque existen muchos hombres vulgares que sienten y tienen más fuerza de carácter que aquel. Precisamente los menos dotados de inteligencia son los más tenaces en sus proyectos y los que, con mayor dificultad, abandonan los planes que han concebido. En cuanto á las mujeres, su esfera de acción se ejercita especialmente en los vivísimos y ocultos poderes que encierran las fibras más delicadas y sensibles del corazón humano. El hombre, en general, se halla dotado de razón más profunda para descubrir la verdad, la mujer de sentimiento más intenso y expansivo para que regenere y redima á ese mismo hombre por medio del amor.

Si apelando directamente á nosotros mismos nos preguntamos cuál es la razón por la que damos el nombre de genios á ciertos seres privilegiados, tenemos que contestarnos que es por su extraordinaria inteligencia, por haber concebido un mayor grado de verdad que se encontraba oculto á sus semejantes. A los mártires de la religión cristiana, tipos del sentimiento exaltado y de inquebrantable fuerza de voluntad, los admiramos, los llamamos héroes, santos, pero no genios.

El genio, convenientemente preparado, se introduce en el mundo de las ideas abstractas, de pierde en las regiones de lo infinito de la belleza ideal y creadora, descubre *relaciones* del universo que se hallaban separadas, fuerzas desconocidas y ocultas, las somete luego á la poderosa elucubración de su cerebro, y salen después de ese laboratorio prodigioso principios científicos, empresas sociales, seres fantásticos, obras de arte de tal vitalidad y energía que han de resistir soberbias al embate destructor de los siglos, porque ellas encierran una savia sobrenatural de la que forzosamente tiene que instruirse la Humanidad, su peligro de verse detenida en su movimiento evolutivo.

De que la grandiosidad de la Inteligencia nos sirva para caracterizar al hombre de genio no se deduce que el pueda prescindir del sentimiento y de la constancia que producen la divina fiebre de la inspiración. Bolívar concibe un pensamiento de libertar un continente. Pero ¿con qué elementos cuenta? Sólo con su valor, con su genio. Pone en práctica su pensamiento audaz: proclama la más santa de las causas. Vienen contra él los defensores de Zaragoza y Gerona, los vencedores de Bailén. Y se ríen y burlan de la temeridad de aquel hombre y de los valientes que lo acompañan. Bolívar cae, es vencido, se vuelve á levantar. Tiene fe en la causa que defiende, desprecio por la vida, tiene el arrojo de Paez, la serenidad de Júpiter; nada le importa los desastres, se rehace, se multiplica; se ha propuesto vencer, y vencerá. Bolívar se yergue altivo, su voz retumba del Pacífico al Atlántico, á sus pies caen, destrozados, los llaneros de Boves, los soldados de Morillo, y de Laserna. Bolívar es el libertador de cinco Naciones ¡Bolívar es un genio!

El genio pues, necesita *fuerza de voluntad, constancia, fé en sus obras*. Pero esto no es todo, debe también sentir intensamente, porque cuando se es insensible, cuando

no se ama, el ánimo desfallece, no hay interés ni energía para realizar aquellos grandiosos difíciles empeños. El que no sabe conmoverse ante el soberbio espectáculo de la Naturaleza y las leyes que ella encierra, ni impresionarse con las heroicas acciones, ni vivir con la vida de sus semejantes; él que no sabe sufrir cuando éstos, sufren, entristecerse cuando la desgracia ha destrozado al corazón humano, tributar admiración y culto á la Verdad, al Bien y á la Belleza; no es digno de ser un genio; á espíritus tan miserables y envilecidos no les es permitido presentarse orgullosos con la marca del genio en la frente; esos se arrastran degradados por el cieno, son víboras que si frecuentemente levantan roncha y envenenan las sociedades, reciben siempre también el merecido castigo de su maldad.

Además, considerada, en general la *Sensibilidad* como la facultad de recibir toda clase de impresiones—ya sean físicas ó morales, contribuye, así mismo en gran parte, al desarrollo de las aptitudes del genio. Como se ha dicho muy bien, el sentimiento es la facultad adivinadora por excelencia, que penetra muchas veces, donde la razón no alcanza; ella es el principal elemento que interviene para producir aquella exaltación grandiosa de las facultades creadoras, que se llama la inspiración. Con frecuencia, fuertes inspiraciones han determinado la evocación, y asegurado la gloria del genio. Sabido es que Platón, allá por los años 402 antes de J. C., se preparaba á disputar el premio de las tragedias en las fiestas de Baco, cuando oyó por primera vez á Sócrates; las palabras del sabio moralista lo impresionaron de tal manera que inmediatamente quemó sus tragedias, consagrándose del todo al estudio de la filosofía. ¡Aquel poeta desertor había de ser el más ideal, el mas elevado de los filósofos de la humanidad!—Es también un hecho conocido que Galileo descubrió la invención de la péndola, á causa del movimiento de una lámpara que en cierta ocasión, siendo aún muy joven, observo en la Catedral de Pisa. —Un día cae una manzana á los pies de un genio, y un fenómeno tan simple lo conmueve, se siente dominado por misteriosa inspiración, las tinieblas abren paso á la luz, su razón se ilumina; Newton había descubierto una de las leyes de la naturaleza; la gravitación universal dejaría de ser un secreto para los hombres.--¿Será necesario recordar que una oda de Malherbe despertó el genio en el indolente y descuidado La Fontaine? Y ese hombre aletargado estaba llamado á ser el fabulista sin rival, que convertiría sus apólogos en una grandiosa epopeya.

¿Qué nos prueban todos estos hechos? Nos manifiestan claramente la influencia de la sensibilidad, en cuanto que ella contribuye á despertar la inspiración, y la inspiración, el entusiasmo, es el estado supremo del genio porque bajo su influencia este se encuentra en el más alto desarrollo de sus facultades creadoras. Sin embargo, es necesario que el genio no se abandone del todo á los impulsos de la fantasía ó la ambición. Cuántos extravíos no ha cometido al haberse dejado arrastrar por el delirio de grandezas. Napoleón muere tristemente en una perdida isla del Océano, víctima de su imprevisión y de su loco orgullo. Alejandro se propuso ser el monarca universal, somete á la Grecia rebelde, atraviesa impavido el Gránico; vence á Dario; los demás reyes del Oriente se hincaron á sus pies y los pueblos le rindieron tributo; “la tierra calló en su presencia” dice el libro primero de los Macabeos. Pero á aquel genio le faltó la reflexión: cegado por la sed de gloria y de aventuras, no pensó que las Naciones subyugadas por la espada, á semejanza de las olas que divide la proa de la nave, se juntarían y sublevarían detrás, cuando esa irresistible espada no pesara sobre ellas. Tarde se convenció de su error. Desengañado entonces y hastiado de la fortuna de las armas, quiso olvidarse del mundo y entregarse á los desordenados placeres de la voluptuosidad. De manera tan lamentable murió en la flor de su edad, con la capa del festín en la mano, en Babilonia, la ciudad de la molicie y concepción, el conquistador del Mundo.

Y ya que hablo de la inspiración no será demás que miente un hecho estrechamente relacionado con ella; la espontaneidad, o sea la vocación del genio para una carrera especial, que lo atrae irresistiblemente, y que se manifiesta desde sus primeros años: Calderón escribió la comedia “El Carro del Cielo” á la edad de 13 años y según algunos biógrafos, ya había compuesto “El mejor amigo del muerto,” antes de cumplir 11. El padre de Pascal, temeroso de fatigar á su hijo, le había prohibido el estudio de la Geometría; el niño no pudiendo resistir su pasión por esa ciencia; ocultamente en su cuarto, con un pedazo de carbón y sin tener mas conocimientos que la definición que una vez había oído, resolvió á la edad de 12 años las 32 primeras proposiciones de Euclides.

Mozart á los cuatro componía *minuetes*, que se han conservado hasta ahora, á los ocho tocaba el órgano de la capilla de Versalles rivalizando con los grandes maestros. —Alejandro desde su mas tierna infancia daba muestras de lo que estaba llamado á ser, con mucha razón le decía su padre “Busca un reino que sea digno de ti. Macedonia no es para tu medida.”

No bajo una forma tan directa y eficaz, pero si con notable influencia, el temperamento, las enfermedades nerviosas, los diacéticos en fin cualquiera dolencia física principal y arraigada dejan ostensible huella en las obras del hombre de genio. El *humor negro*, como dice Fleury, en Cronwell; la melancolía hipocondríaca en Rousseau, Sroift, Schopenhauer; las *crisis cerebrales* en Comte, las alucinaciones en Lutero, Savenarola; el neurosismo en Pascal, la epilepsia en Julio Cesar, y según sostienen eminentes escritores también en Napoleón, el alcoholismo en Alfredo de Musset son algunos de los numerosos ejemplos que desgraciadamente vienen á comprobar el principio, que sin embargo se procura ocultar, de la miseria de nuestro soberbio espíritu ante los defectos y enfermedades que al apoderarse de nuestra forma material esclavizan á nuestra alma.

En esta acción representa papel principalísimo la ley de la Herencia pesando sobre las razas, los pueblos y los individuos. La raza negra condenada á vegetar en el barbarie, la concupiscencia y la ignorancia, mientras que la blanca absorbe la fuerza intelectual de la humanidad, De esta, la semítica encarna el sentimiento religioso y la aria del espíritu guerrero, de empresa y libertad. India, la filosofía; Grecia el Arte; Roma el Derecho; el pueblo judío, descollando con un carácter típico, audaz, religioso, comerciante y músico. En las sociedades modernas el cruzamiento que ocasiona la facilidad de la comunicación de unas naciones con otras impide que se fije, con entera precisión los rasgos distintivos de cada pueblo. Sin embargo ellos, en perfiles generales, existen y son susceptibles de observarse.

Ya bajo esfera limitada, en su aspecto individual, un distinguido escritor ingles, Galton, ha escrito una erudita obra encaminada á demostrar la Herencia del genio, doctrina que á primera golpe, choca con nuestras ideas. Ribot, director de la celebre Revista filosófica de Francia, apoya con vigorosos argumentos y datos esta afirmación. Existen familias de sabios como la de Aristóteles y Darwin, de pintores como la de Bellini y Murillo; de músicos como la de Mozart y muy especialmente la de Bach; familias de hombres de Estado como las de Medicis, Walpole, Fox y Pitt; de guerreros como la de Alejandro, Aníbal, los Guisa, los Condé. Y si abundan los ejemplos de generaciones que continúan representando una vocación especial, se multiplican ellos mas todavía cuando solo se busca la superior inteligencia ó fuerza moral en sus diversas manifestaciones, ya sea en las Ciencias, filosofía ó artes.

Frecuentemente también las descendencias de los hombres esclarecidos se cortan bruscamente ó degeneran en idiotismo, raquitismo, epilepsia, perturbaciones nerviosas de todo género que reemplazan al brío intelectual del ascendiente. Este fenómeno que

por una parte es una de las más poderosas razones en favor de la teoría que hace del genio una neurosis; se explica fácilmente, fijándose en la naturaleza de la acción de la herencia: la fuerza extraordinaria de ella, así como tomando una dirección saludable, se convierte en mayor desarrollo y energía en la naturaleza, así también puede ejercitarse en sentido contrario contribuyendo ese mismo poderío y vida á la depresión y aniquilamiento del nuevo ser. Igual fuerza se desenvuelve en ambos casos, pero en aquellas es coadyuvante al perfeccionamiento del organismo, en ésta se tiende á destruir ese mismo organismo. Que el hijo de Tácito fuera un idiota, el de Tetrarca un estúpido, el de Scipión del Africano un imbécil, el de Felipe II, don Carlos, un triste degenerado; en vez de representar ellos argumento en contra de la teoría, la apoyan y robustecen.

Aunque más restringida ejercen también influencia el clima y las estaciones en las obras del hombre superior. La luz y el calor solar obraban con gran fuerza sobre Lesage “El se animaba por grados, á medida que el sol se aproximaba al meridiano; habiendo llegado ya á una edad avanzada, en el medio día parecía conservar la alegría, urbanidad de sus mejores años, la vivacidad de su imaginación; pero al declinar el sol la actividad de su espíritu y de sus sentidos iba disminuyendo gradualmente, y caía bien pronto en una especie de letargia que le duraba hasta el día siguiente.” Milton declara que su musa es infecunda en el invierno, Byron “teme el frío, como una gacela”; Rousseau, Voltaire, Buffón, Leopardi, buscan también con afán el calor y el sol.

Ocupándome ahora de las influencias psicológicas y morales se presenta en primera línea, la constancia en el estudio contribuyendo notablemente al desenvolvimiento de las aptitudes del genio. Aquello de que éste es innato y no necesita preparación está bien que tenga única cabida en la exaltada fantasía del poeta. Es necesario no olvidar el precepto del Príncipe de Brogli: “Si la regla sin la libertad oprime y ahoga el genio, la libertad también lo pierde sin la regla.” Y á su vez el de Horacio: “Nada vale el estudio sin rica imaginación, ni ésta sin aquel.”

El trabajo influye en el genio; porque este es por naturaleza imperfecto, susceptible de desarrollo y mejoramiento, cuando mayor sea su ciencia, mayores serán sus obras. Si de vez en cuando se presenta algún genio en la historia que con poca cultura ha realizado grandes empresas, en dicho ejemplo más que en ningún otro, debemos lamentar esa falta de preparación. Preguntábase á Newton cómo había descubierto el sistema del mundo, y él contestaba: “Pensando siempre.” ¡Qué exactitud y profundidad envuelven esas palabras! —Se refiere que Descartes pasó toda su vida dedicado al estudio, siendo ineficaces los atractivos del mundo y los empeños de sus amigos para arrancarlo de su retiro: Soldado procuraba siempre separase de las reuniones de sus compañeros. Un día, en Praga durante los cuarteles del invierno, se hallaba entregado á sus profundas meditaciones; ese día, á la edad de 23 años dice, que “creyó haber encontrado el fundamento de una ciencia admisible;” había descubierto el método que inmortalizaría su nombre. —Si Kant no hubiera conocido las obras de David Hume, no merecería, tal vez, considerado como el padre de la filosofía contemporánea; no hubiera dado á sus profundas especulaciones filosóficas una dirección completamente diversa á la que se siguió en sus primeros trabajos, no sería el ilustre fundador del “Criticismo;” á lo menos así lo confiesa y reconoce ingenuamente el gran filosofo alemán.

Los sentimientos de la sociedad en que vive el genio, su peculiar fisonomía y modo de ser, las instituciones que en ella dominan, tienen necesariamente que reflejarse en el carácter y en las creaciones de éste. Y no puede ser de otro modo; el hombre es por naturaleza sociable, y como tal le es imposible concentrarse en su propia individualidad, abstrayéndose por completo de la comunicación con sus semejantes; él no puede eludirse de recibir y conocer las ideas, los sentimientos las preocupaciones de la nación

donde vive, cuyo aire respira; y esas ideas, aun que no lo quiera, dejarán alguna señal en sus producciones. Calderón representa en todas sus obras el sentimiento religioso, monárquico y caballeresco de la España de su siglo. Los célebres escritores de la Francia del siglo XVII retratan fielmente la corte de Luís XIV. Condillac, Rousseau y Voltaire personifican las ideas materiales, irreligiosas y filosóficas que dominaban en el siglo pasado. Kant, Hegel y Coussin, Goethe, Bryon, Leopardo Y Víctor Hugo; El criticismo, el escepticismo el sistema ecléctico, la duda cruel y destructora, la sed de lucha, de impresiones violentas que caracterizan á las generaciones presentes.

Además las conversaciones del amigo, del sabio, frecuentemente contribuyen á despertar la actividad del genio ó á señalarle nuevos campos de acción. Goethe escribía “Yo no he pasado una sola hora con Heder sin que haya sido para mi instructiva y fecunda”. Se dice que el monje nestoriano Bahira, infundió á Mahoma sus creencias monoteístas, doctrina que había de ser la base del Islamismo. Basta recordar las escuelas de filosofía en Atenas y Alejandría, el siglo de Persicles, la Republica florentina, las sociedades artísticas de la corte de Luís XIV, las Escuelas Italianas de pintura y música, que han despertado tantos genios, para reconocer la influencia de la enseñanza y de la imitación en el desarrollo de éstos.

No es demás advertir que la acción que la Sociedad ejerce en el genio, si é menudo es benéfica, con frecuencia sucede lo contrario, sirviendo únicamente para aprisionar su libre inspiración haciéndolo incurrir en lamentables errores.

El poder de la autoridad ha contribuido también á ensanchar muchas veces, los horizontes del genio, y á cortar otras el vuelo de su inteligencia. Pericles, Augusto y Mecenas, Lorenzo de Médicis, *el magnifico*, León X, son ejemplos de lo primero. El despotismo ya sea político, ya sea religioso, que con tanta frecuencia aparece triunfante en la historia, es de lo segundo. ¿Quién sabe si cuando Arquímedes, abismado en sus maravillosos cálculos, recibió traidora muerte, fermentaba en su colosal inteligencia un nuevo descubrimiento que la Humanidad no poseé aún? En el tiempo del Régimen del Terror, un hombre que había consagrado su vida entera á a ciencia, comparece sereno, ante el tribunal de la Revolución. Acusado de tener fortuna, se le condena á muerte, y ese hombre, sin tratar de defenderse, se limita á pedir una prórroga para terminar experimentos útiles para la humanidad, “si esta prórroga se me concede, dice, completaría mis trabajos y entonces haré con gusto el sacrificio de mi vida á la patria”. Meditaba en la transpiración y en el calor animal. El abominable jurado rechaza esa petición sublime. La cabeza del Héroe rodó por el tablado de la Guillotina el 8 de Mayo de 1794. Aquel sabio era creador de la Química moderna, él había realizado una revolución completa en las ciencias naturales; aquel genio, uno de los más ilustres de la Francia, era Antonio Laroisier.

Hasta aquí he estudiado al genio bajo su aspecto psicológico debo considerarlo también en tanto que poniendo en ejercicio sus superiores facultades realiza en la practica lo que su inteligencia concibe. El genio necesita producir. Riámonos de aquellos genios ocultos que meditan y engendran en el silencio de su escritorio ó en la soledad de los bosques, sin comunicar ni hacer partícipes á sus semejantes de sus descubrimientos, de sus creaciones. Son genios de mala ley, moneda falsa; son soberbios que quieren ocultar su pequeñez disfrazándola con el velo del misterio. “El hombre de genio dice Cousin es dueño de la fuerza que existe en él, es por la necesidad ardiente, irresistible de expresar lo que experimenta que es honre de genio. Sufre de contener los sentimientos, ó las imágenes ó los pensamientos que se agitan en su seno. Dadle el nombre que queráis, pero es lo cierto que hay un no se qué que inspira al genio y que lo atormenta hasta que se haya aliviado expresando sus penas y sus alegrías, sus emociones y sus ideas, y que sus delirios sean cambiados en otros vivientes.

Estudiando al genio en relación á sus obras reduzco las cualidades y condiciones que deben tener éstas á dos; novedad y sublimidad.

En un principio que nadie ha dejado de admitir que el genio se caracteriza por la facultad de inventar y de crear. El sentido etimológico de la palabra misma lo está diciendo: Si el genio no fuera *original* dejaría de ser genio; esta condición es su atributo esencial. La originalidad del genio se manifiesta en sus obras por la novedad, por la fisonomía especial, por la fuerza de la individualidad que las imprime. Es error muy común, el creer que el genio necesita inventar cosas que á nadie se había ocurrido. Esta idea es completamente equivocada. A menudo la novedad de las producciones del genio consiste únicamente en darles tal forma, combinación y carácter especial, en expresar en ellas tan fuerza y vida propia que las presenta como creaciones, legítimas y exclusivas de él, distinguiéndose entre las demás. No en otra cosa consiste el merito de Stegel: un sistema filosófico esta basado en le panteísmo absoluto de Schelling, y la Idea en el sentido que la consideró el filósofo alemán, ya había sido tomada bajo el mismo nombre é igual extensión por Salomón ben Jeudbach Gabirol conocido mejor por *Avicbron*, Stegel no ha ido mas allá que el pensador judío. También su curso de “Estética” no es si no el desenvolvimiento del “Discurso sobre las artes de Dibujo en la naturaleza” de Schelling. Sin embargo de esto, su sistema es tan vasto, tan profundo y tan lógico que filósofos de nota no han trepidado en colocar á Stegel por encima de Kant, y llamarlo el más grande filósofo que ha producido la humanidad desde Platón hasta nuestros días.

Ya es un hecho comprobado que á Darwin no pertenece la invención de su celebre teoría, y sin embargo ¿quién podrá negar el gran naturalista ingles la grandeza de su inteligencia al penetrarse de la coordinación rigurosa y desarrollo científico de su sistema?

Ideas, relacionadas que se hallaban separadas son unidas por la intuición del genio que las convierte en leyes de la vida. El exceso de fuerza intelectual se traduce en una creación real, útil para sus semejantes. Flourens, en pocas palabras define el genio: es el poder, llevado al grado supremo de pensar justamente y de alcanzar la verdad. En todo genio hay rutas que nos llevan á la verdad. El hombre de genio es aquel que abre esas rutas.

La originalidad del hombre superior fija la imperecedera individualidad de su autor.

Aquel que no llega á destacarse de sus semejantes, encerrando en si toda una humanidad, una personalidad aislada, libre y fecunda no es uno de aquellos colosos que iluminan la existencia humana.

Por eso no es suficiente que las creaciones del genio sean originales; las excentricidades, extravagancias y caprichos podrían en tal caso tener cabida, si no que es necesario que las obras del genio reúnan una segunda condición la *-sublimidad*.

Si el genio debe ejecutar grandes empresas, hacer variar el rumbo á las ciencias, crear verdaderos hijos artísticos, abrir nuevas fuentes á la actividad humana, ¿cómo podrá llevar á cabo su obra, por medio de trabajos insignificantes y sin ninguna trascendencia? ¿Cómo nos convenceremos de que un hombre es un genio si no lo manifiesta en sus creaciones? El que has sido dotado de grandiosa inteligencia, imprimirá esa misma grandiosidad á sus producciones. El genio frecuentemente se extravía, incurriendo en el error, pero aún en sus extravíos, en sus falsos delirios, observaremos el sello de la sublimidad: se asemejará en tal caso al Satanás de Milton que en el Infierno, humillado, vencido nos hace, sin embargo, reconocer la alteza de su origen en la inquebrantable fuerza de su voluntad, en su soberbia y en su audacia.

No pongo como cualidad de las obras del genio la grandeza en la sublimidad, porque pienso lo mismo que decía hace cerca de diez siglos Silvan, el comendador de

Longino. “Lo sublime es efecto de una grandeza extraordinaria. En lo grande caben grados, pero en lo sublime parece que no cabe sino uno. Se puede decir que lo grande desaparece á la vista de la sublime como los astros se oscurecen á la luz del Sol”.

La idea de elevación extraordinaria, de profunda expresión y fuerza que envuelve el concepto de lo sublime, es cabalmente la misma que tenemos de la naturaleza del genio: Ante éste y aquel sentimos un sentimiento de inmensa admiración y sorpresa, mezclado con la idea dolorosa que ocasiona la consideración de nuestra pequeñez y miseria ante aquella superioridad. “El genio y lo sublime, como dice Levégne, son de una misma raza.”

Esta teoría se presenta con toda claridad al aplicarla á las Bellas Artes. Fuera de las condiciones generales que debe cumplir todo artista, como fecundidad, vigor y grandeza en la imaginación, sentimiento vivísimo, que dé calor y realidad á las creencias de la fantasía, conocimiento y práctica en su Arte, destreza en el manejo de los materiales que con tanta justicia Hegel le exigía; además de todas estas cualidades la obra artística del genio debe contener un fuego inmortal. Cuando en la Iliada aparece el desgraciado Príamo á los pies del matador de su hijo, pidiendo con los ojos nublados por el llanto, y besando las manos que han dado muerte á su idolatra Héctor, los tristes despojos de su hijo; cuando se escuchan las ultimas escenas entre Margarita y Fausto; cuando leemos el Infierno del Dante, el Pandemonium de Milton, el Apocalipsis de San Juan, entonces, aun contra nuestra voluntad, sentimos en el fondo de nuestro ser la impresión inmensa, profunda, que ejerce sobre nuestro espíritu lo sublime. En el Arte crear lo hermoso es la tarea del talento, lo sublime del genio. Hermosa es sin duda, la Epístola moral de Francisco de Rioja ¡Qué máximas tan elevadas, que imágenes tan oportunas, que estilo han fluido y correcto observa en esta composición; Nada se puede imaginar más hermoso, y sin embargo, el poeta sevillano no es un genio; no llegó á lo sublime. La hermosura puede representarse perfectamente en vuestra inteligencia, y lo sublime es como enseña el primer critico español, el malo grado Don Manuel de la Revilla “una belleza que no puede ser objeto de exacta representación en la mente.”

Preocupado, sin duda, el gran filosofo de Koenisberg, con la extraordinaria individualidad, con el aparente desorden de la inspiración y de lo sublime, que se nota en las creaciones del genio, llega á desarrollar una teoría muy original sobre éste en su “Critica del juicio”, que merece estudiarse con alguna detención. Kant no reconoce la existencia del genio sino en el Arte porque, según él, le son condiciones esenciales la no conciencia en la producción y que sus obras sean verdaderos modelos ejemplares. Newton, por ejemplo, puede enseñar el procedimiento que ha empleado para llegar á sus descubrimientos, “mientras que un Homero, dice, un Wieland no puede mostrar como sus ideas tan ricas por la imaginación y tan ricas por el pensamiento han podido venir y combinarse en su cabeza, porque el mismo no lo sabe y por consiguiente no puedo enseñarlo á otros. Lo que ha descubierto una gran fuerza de espíritu, por mas grande que sea la verdad puede enseñarse y aprenderse por los demás, mientras que no se aprende ni se enseña á componer bellos versos. –Esto no significa, dice Kant, que quiera avasallar aquí á esos grandes hombres á quienes el género humano debe tanto reconocimiento, delante de esos favorecidos de la fortuna que se llaman artistas. “Son mas grandes, pero no son genios.”

El genio, según kant, no reconoce ningún principio estético al que daba obedecer. Para el filosofo de Koenisberg el arte no tiene sinó una existencia subjetiva, teoría que ya había sido sostenida por Silvain y Montesquieu, y por David Hume en su teoría escéptica sobre el gusto. Kant niega la belleza ideal “el juicio de gusto, dice, no es sino un juicio de conocimiento, no es en lo menor, por consiguiente lógico sinó estético (refiriéndose á la sensibilidad); es decir que el principio que le determina es puramente

subjetivo.” En este falso concepto de la belleza se encuentra el origen de su teoría sobre el genio; define á este diciendo que “es el talento, son natural que da el arte su regla.” Pero como el talento, continua Kant, es innato se podría decir que el genio es la cualidad innata del espíritu por lo que la naturaleza da reglas al arte.” “Las bellas artes no pueden encontrar en si mismas la regla que deben seguir en sus producciones. Pero sin regla anterior una producción no puede recibir el nombre de Arte, es preciso que la naturaleza dé la regla al arte en el sujeto (y aquí por la armonía de sus facultades) es decir que las bellas artes no son posibles sinó como producciones del genio. Por esto en las obras del genio se requiere dos condiciones 1.ª la *originalidad*; 2.ª que sean *ejemplares*, capaces de servir de modelos y regla al Arte.

La facultad que interviene principalmente, en el genio, prosigue, es la imaginación, pero no una imaginación desarreglada sinó dirigida por el entendimiento. Es necesario también que el artista manifieste alma (*Geist*) que es la facultad de servir ideas estéticas. Entiende por ideas estéticas una representación de la imaginación que dé á pensar mucho, sin que ningún concepto le pueda ser adecuado y por consiguiente ninguna palabra pueda perfectamente expresarlo y hacerlo comprender. Aquí se presenta muy oscuro, Kant; sin embargo, se comprende que lo que el llama alma no se diferencia del los poderes que admite; la imaginación y el entendimiento. Como consecuencia de la unión y armonía de estas facultades el genio debe tener gusto. El gusto es la disciplina del genio.

La teoría de Kant es muy ingeniosa pero falsa; la Belleza no solo tiene una existencia subjetiva; hay una filosofía del Arte de la cual le es imposible prescindir al genio; este podrá estar muy superior á esos antojadizos preceptos retóricos, que no tienen mas fundamento que el capricho; pero existen así mismo reglas que lo dominan y á la cual tienen necesariamente que sujetarse. ¿Sin la unidad en la variedad qué modelo artístico se podrá jamás realizar? El genio no dá reglas al arte sinó que las realiza, podrá descubrirlas pro no crearlas. Y aquí se observa un sofisma en la teoría de Kant. Si en el arte no existen reglas ¿Cómo el genio puede darlas? Sino se reconoce ciertos principios á los que deba someterse la crítica, ¿Cómo se podrá decir que las obras del genio son modelos? Todo juicio supone comparación; pero ¿con qué se compara si no hay un tipo ó belleza ideal á la que deba sujetarse el artista?

Además de que el genio artístico proceda inconcientemente y el científico no, dado por cierto de que así realmente suceda; nada se deduce, al contrario es mas grandioso que el genio, pueda manifestar y enseñar los procedimientos que ha empleado para descubrir la verdad, y no que le sea imposible dar la razón de sus creaciones. Kant, no explica la incompatibilidad entre la superior inteligencia del genio y el conocimiento de los medios que ha empleado en la producción, se basa en lo que no prueba, da por evidente lo que ésta muy distante de serlo. Su otro argumento se reduce á este paralogismo: el hombre de ciencia enseña la verdad que ha descubierto, al poeta no le es posible enseñar á componer bellos versos; luego el primero no es genio. Inmediatamente creo que salta el error; sin embargo Kant alucinado por su teoría subjetiva de lo bello, non se fijó en los extravíos á que ella le conducía.

Kant, considera como elemento en las obras del genio en las artes, el sentimiento que desempeña, no obstante, papel tan principal en ellas. La ciencia se dirige á la razón y el arte al corazón; y no puede conmovier este sinó siente antes el artista con intensidad, la máxima de Horacio jamás debe olvidarla: “Si me quieres ver llorar, expresa primero por ti mismo ese dolor.”

Observación juiciosísima que no debe olvidarse al examinar las obras del genio, es la que el mismo Kant indica. “El genio brilla como un fenómeno resplandeciente que se muestra y desaparece por intervalos; su brillo no es el de una luz que se hace

presentar y durar á nuestra voluntad, él es el de una chispa fascinante que un feliz acaso hace saltar de la imaginación productora.” No puede exigirse á la inteligencia del hombre extraordinario, que en cualquier tiempo y ocasión produzca, aquellas obras gigantescas que nos asombran y confunden, porque ellas representan en un mundo relativo y mezquino una imagen de lo absoluto y eterno, una vibración sublime de lo infinito.

Reasumiendo todo lo expuesto el genio *es el hombre dotado de superior desarrollo de las facultades intelectuales que se manifiesta en la novedad y sublimidad que imprime a sus obras.* Esta síntesis abraza á Homero cantando la cólera de Aquiles y creando la Teogonía pagana; á Esquilo concibiendo el Prometeo y Fidiás el Júpiter Olímpico; á Platón enseñando la mas elevada filosofía en los jardines de la Academia; á Demóstenes haciendo temblar, á los enemigos de su patria con los rayos de su elocuencia; Dante encerrando en su poema toda la metafísica cristiana; Colón descubriendo un mundo y Guttemberg la imprenta; Newton enseñando la gravedad de la tierra; Cervantes destruyendo en su libro toda una sociedad; Schakespeare extrayendo de las pasiones humanas tipos inmortales; Goethe abarcando en su Fausto todos los temibles poemas que agitan á la humanidad; Mozart, el dios de la música, victima del exceso de su inspiración; Napoleón destruyendo y forjando nacionalidades á impulso de su febril delirio; Bolívar libertando un Continente; y Olmedo celebrando esa gloria.

Lima á nueve de Octubre de mil ochocientos ochenta y ocho, reunidos en el General de la Universidad de las Catedráticos DD. Sevane, Flores, Deustua, Wiesse, bajo la presidencia del señor Decano, DD Carlos Lisson, se concedió la palabra al alumno D. Javier Prado y Ugarteche quien dio lectura á un discurso sobre “El genio” Los Srs. Deustua y Wiesse le hicieron diversas observaciones á las que contestó el graduando, y practicada la rotación fue aprobado por unanimidad y el Sr. Decano, en consecuencia, le confirió el grado con la formula de estilo y dispuso que se le extendiese el diploma de Bachiller en Filosofía y Letras, oficiándose para el efecto al Sr. Rector.

V^a. B^o

*EL SECRETARIO
CARLOS RIESSE*